
Cuatro cuerdas

El camerino huele a sudor, a alcohol y a vómito. Las paredes son un mosaico de pegatinas, como fósiles de civilizaciones musicales anteriores, capas geológicas de estilos, modas y corrientes que se van superponiendo desde hace más de 20 años.

Se muerde las uñas. No quiere hacerlo. No lo puede evitar. El corazón le va a mil por hora. Se ha metido dos rayas y empieza a desear una tercera. Se dice que no. Se muerde las uñas.

La puerta se abre. Un técnico les dice que ya. Se miran, se abrazan. Chillan cargadas de nervios y excitación. Las emociones se amplifican, la adrenalina le anega el cerebro.

Agarra su bajo con fuerza mientras camina por el brevísimo pasillo hasta el escenario. Es azul, es precioso. Le ha tallado una K con las llaves de su casa. K de Kim. Lleva una camiseta de las Breeders que se compró con 14 años cuando soñó por primera vez hacer lo que está haciendo hoy con 19.

El escenario no les espera a ellas, sino al grupo que tiene que tocar detrás. Ni siquiera las espera a ellas como teloneras. Los valencianos que tenían que tocar han tenido un problema en la carretera y no llegan. Todo se ha improvisado en horas. Un golpe del destino o la puta suerte, da igual. Aprovechan la oportunidad. Las dos primera filas son fans de una maqueta que ha pasado de mano en mano, dos canciones que han sonado en “Flor de Pasión” y poco más. La mayor parte son amigos de amigos o gente que de casualidad las conoce e iban a ver al “grupo grande”. Ningún grupo que les guste es grande. Tocan en locales pequeños, desean tocar en locales gigantes, en estadios. Hablan en español, cantan en inglés.

Empiezan.

Después no recuerda el concierto. Es como un borrón en su mente. Las notas de su “single más conocido”. Hacer los coros en una versión de “Rebel Girl” de Bikini Kill. La línea de bajo de Debaser. En sentimiento de felicidad absoluta reflejado en la cara de una chica de la primera fila (pelo moreno liso, flequillo, horquilla de color azul, mejillas redondeadas, devoción en la mirada). El estribillo pegadizo de la canción que menos le gusta, pero que hace que todo el local cante a coro. Salir de vuelta al escenario. Marga, la cantante, con su toque medio espontáneo medio calculado diciendo que no tenéis más canciones. La gente pidiendo más en cualquier caso. La segunda vez que tocan. El single.

Después tocan ellos. Ellos son una banda de chicos con una chica que canta. La chica que canta tiene presencia. Los chicos, pinta de chicos flacos y tristes, camisetas a rayas horizontales, sonido denso, pero melódico. Ella canta cosas que ha escrito un chico con el que va a ver amanecer.

Camerino. Felicitaciones. Más alcohol. Otra raya. Se presentan al grupo principal. Más felicitaciones. Bromas. Ellos se hacen los interesantes, ellas se hacen las duras. Bromas que vienen y van. Salen de allí. Más locales. Más noche. Más baños. Un tío le habla de sus discos favoritos durante, intuye, unas setenta horas. El guitarrista del grupo principal viene a salvarla.

Se han estado mirando toda la noche. Buscándose. Se han sonreído un par de veces para disimular sus miradas. Él viene. Se llama Fernando. Ella se llama Ana. Encantada. Encantado. Se gustan muy rápido. Se marchan de allí muy rápido. Follan la primera vez muy rápido. Luego comparten cigarros y follan hasta el amanecer. Esta vez más lento, desembarazándose de la guerra química y hablando de música.

Es su primera vez.

El teléfono se estrella contra un espejo, como en las películas. Los cristales saltan y un pequeño fragmento le hace un corte en la oreja. La sangre mana. Fernando tiene los ojos rojos por la desesperación. Ella chillaba primero de dolor y después de puta rabia. Coge un libro que hay encima de una mesa y lo devuelve con la mayor cantidad de rabia que puede acumular.

Sale de casa. Coge un taxi. Llega tarde. Le pasa a usted algo, señorita, no, no, nada. Hostias, no. Le pasa todo. Corazón a mil por hora. Las venas de las sienes pulsando. El bajo. Hostia puta. Se ha dejado el bajo. No va a volver. Llamada. Necesita un bajo.

Furgoneta. Van a tocar en un festival en Cáceres y luego van a Zaragoza, donde hacen dos fechas. Ya no le preguntan por lo que ha pasado. Todas lo saben. Se han cansado de preguntar. Le conseguirán un bajo allí. Cuando llegan a Cáceres ya tiene tres llamadas perdidas y veinte mensajes. Tocan como el culo. El sonido es una mierda. Ana no deja de pensar en que Fernando ha bajado a la calle a comprar otro móvil para llamarla. Al principio le da miedo, luego le parece un gesto de necesidad. De pronto se ve pensando que igual no es buena idea haberle dejado solo. Llamada de teléfono a las cuatro de la mañana. ¿Qué nos pasa, amor? Ya no es algo de él. Es algo de ellos. Van a arreglarlo. Claro que sí.

Rompen seis meses después.

Ella está con otros tíos lo más rápido que puede. Todas en el grupo saben que la historia de la música se les está acabando. No lo hablan, pero es evidente. Su segundo disco ha ido tirando a normal y la rueda de la música está girando a toda velocidad y saben que las va a aplastar. Tocan

sin parar y ella consigue y abandona parejas con la misma intensidad. Consume hombres que no la consumen. Se siente deseada y se gusta así. La desaparición del grupo no es una muerte de un disparo, sino una enfermedad grave que las desgasta hasta que ya no tiene sentido seguir. Simplemente, van viendo como la atención y las fechas se van agotando. El grupo ha sobrevivido casi siete años en esa zona media de la tabla que les permite vivir bien si tienen, además, otro trabajo. Así que Ana vive mal. No tiene otro trabajo. No quiere tenerlo.

Nada más anunciar que el grupo se separa y que cada una va a seguir su camino ella ya ha montado una banda nueva. Quiere hacerlo, se dice, a su manera. Se anima a componer algunas canciones, a experimentar con sonidos que, se dice, no podía experimentar con sus antiguas compañeras. Se alimenta de un entusiasmo adolescente que no sabe de dónde viene. No son drogas. Hace un año o así que casi no se pone. Es otra cosa. Lo controla todo. Hasta el último detalle. De pronto, una semana antes de su primer bolo, algo falla. Una discusión en uno de los ensayos se va volviendo más y más complicada. Se suceden los gritos y acusaciones que no sabe ni de dónde vienen. En medio de la discusión siente que las fuerzas la abandonan y se marcha. Se va a casa. No quiere saber nada más. Cancela el concierto. Empieza a llorar. Tiene la sensación de estar llorando durante semanas, vaciándose, asumiendo que no va a vivir de la música. Que se acabó. Sintiendo la vida como una apisonadora triturando su única idea para vivir. Lo único que sabe hacer.

En el momento más bajo, como si dispusiera de un radar, tres meses después de que se acabe todo, recibe un mensaje de Fernando. Le dice que siente lo del grupo y que feliz cumpleaños. Cumple 27. Hace tres años que no hablan. Ella no responde. Él la llama. La conversación es extraña, agradable, reconfortante. Recuerdan cosas. Bromean sobre otras. Él sigue en la música, toca en un grupo que se acabará también pronto pero que, de momento, le da para vivir. Hablan de verse algún día. Se ven al día siguiente. Esa noche duermen juntos. Al día siguiente se dicen que ha sido una vez y ya. Por los viejos tiempos. Una semana después están saliendo de nuevo.

Ana se incorpora a la vida de Fernando. Se sumerge en ella a toda velocidad. Deja su casa y deja de pensar en la vida que ya no va a avanzar para ella. Ahora se mueve al ritmo de otro y eso le va bien. Van acompasados. Le acompaña a conciertos. La gente la reconoce. Charla con ella. Conecta con su mundillo. Siempre responde que está preparando algo nuevo aunque nunca es verdad y nunca le importa que sea mentira. Vuelve a drogarse y lo disfruta.

Las peleas empiezan tres meses después. Pero esta vez Ana se da cuenta de que no tiene tanta fuerza como antes. Discuten de otra forma. Se gritan menos, no se tiran cosas. Se llena todo de silencios, sospechas. Sabe que él la castiga de diferentes formas. Le empieza a decir que no le acompañe, que le corta el rollo, ella empieza a sospechar que se acuesta con otras mujeres. El día que se lo dice, termina con reproches sobre si no será ella la que quiere acostarse con otros tíos. Luego se arreglan un rato, la vida se acompasa. Se construye una nueva rutina en la que Ana cada vez desaparece más. Las drogas ya no son divertidas. Son la forma de seguir adelante. Empieza a pensar que si Fernando se acuesta con otras mujeres es normal, luego vuelve a casa

con ella. A veces juega a que liga con algún tío, pero lo corta rápido. Se da cuenta de que tiene miedo de que todo se vuelva más explosivo. Se anula.

Está así hasta el día que cumple 31.

Ha empezado a ir a terapia y ha descubierto cosas. Cosas como que está sola, que no tiene ninguna amiga, que no queda con nadie ni tiene una idea de su futuro. Que todas las cosas que imagina pasan por Fernando. Que su agenda se acomoda a la de él. Se ve, además, fea. Se lleva viendo fea mucho tiempo y no sabe el motivo. El motivo es una suma de reproches diminutos, como pequeños arañazos repetidos en el tiempo.

Así que decide dejarlo. Le dice adiós. Es la primera vez que lo intenta. Tarda dos años en conseguirlo.

No le dice a dónde va. No dice nada. Simplemente un día se evapora.

La tercera vez que ve a Fernando es en un Starbucks. Cuatro años después. Ha accedido a reunirse con él porque siente que ya no tiene ningún poder sobre su vida y porque le ha dicho (cuando han hablado) que está en un proceso de transformación y que necesita pedirle perdón. Se ha dicho (y lo cumple) que será una conversación breve. Lo ha hablado con su marido, que está de acuerdo en que puede ser una buena forma de cerrar una relación tóxica.

La vida de Ana ha cambiado. Ya no toca el bajo. Da clases de música en las extraescolares de un instituto. Canta con niños de seis a diez años. Les explica las escalas. Les ayuda con la posición de las manos. Cuando vuelve a su casa, un chalet en una zona de adosados con dos plantas, sube al piso de arriba y le murmura canciones de los Pixies como si fueran nanas a su hija de seis meses. Le encanta “Caribou”. Siempre se ríe cuando cuando llegan a la parte aguda de la canción y ella exagera el tono “Caribouuuuuu”.

Quedan al caer la tarde. Fernando llega puntual, pero ella ya está allí, sentada, dominando el tiempo y el espacio. Él tiene peor aspecto de lo que esperaba. Ana piensa entonces que quizás está pillado en las drogas. Está pálido, flaco, la sensación es que lleva días sin dormir. Pero él dice que no, que está perfectamente. Su tono de voz parece acompañar lo que dice, aunque su aspecto dé una sensación contraria.

Luego Fernando le explica que lleva un tiempo con problemas de sueño y que ha empezado a ir a “una especie de terapia” y a entender muchas cosas de su comportamiento. Especialmente en lo que tiene que ver con ella. Y que quiere pedirle disculpas. Ella duda en ese momento de si quiere aceptar esas disculpas. Le parece bien el proceso que sea que esté siguiendo, pero no sabe si quiere perdonar en una tarde una dinámica que duró años. Por otro lado, tampoco tiene ganas de quedarse allí y menos de quedar otro día. Así que le dice que lo que ella quiere es que

los dos puedan ir en paz consigo mismos y seguir su vida. Le ofrece una salida que no implica que ella le diga “te perdono”.

Entonces él empieza a llorar y a temblar. Insiste en que lo siente. Pero la situación ya está más allá de lo incómodo. Ana le dice que pare y que sino se va a marchar. Que se recomponga. Y entonces él, secándose las lágrimas murmura... “Tienes que entender lo humillante que es esto”. Y ella se levanta y se va. Lo deja allí sin mirar atrás y sin preocuparse nunca más de lo que pueda estar pensando.

Pasa dos días intranquila, nerviosa por lo sucedido, pero tiempo después se va olvidando y recuperando la normalidad de su vida. Su hija crece, su marido y ella hablan de tener un segundo hijo. Las clases van genial. A veces, eso sí, cuando está en la habitación de la niña cantando para que se duerma, tiene una sensación extraña en el cuello, como un escalofrío. Y mira al exterior desde la ventana de su cuarto, como si mirara a algo que, a su vez, le mira. Pero allí no hay nada. Sólo un árbol.

La noche en la que sucede todo empieza como todas las noches. Llegar a casa, besar a su marido (que está en el salón trabajando) Ir a ver a la cría a su habitación. Preparar el baño para ella. Bañarla mientras su marido prepara la cena de la niña. Darle de cenar. Acostarla con un cuento (normalmente el mismo, repetidas las voces, los gestos y las bromas). Cuando la niña se duerme, bajar al salón y desplomarse en el sofá durante media hora. Mirar el móvil o al techo. No hacer nada. Después pelear amigablemente por quién debe hacer la cena, si ella o su marido. “Yo he bañado a la niña”, “Yo le he hecho la cena”, “Yo se la di”, “Yo la cuido todo el día”, “Yo trabajo fuera de casa”, “¿Pedimos algo?”, Siempre en un tono entre la competición amable y el cariño. Esa noche la conversación termina con una de las posibles soluciones, que es que cada uno va a la cocina y “se prepara algo”. Ella cena ensalada de aguacate y luego se sienta a leer.

La lectura le amodorra y pronto se encuentra, como tantas otras noches, dormida en el sofá.

Despierta con un sonido que viene del piso de arriba de la casa. Su marido ya se ha puesto en pie para ir a recoger a la niña, que seguramente esté dando vueltas y haciendo ruido. La mano de su marido sobre su rodilla indica que puede volver a dormirse. Pero ella no se duerme.

Ve a su marido alejarse, subir las escaleras con calma, murmurar un “ya voy, amor, ya voy” destinado a su hija. Se queda allí, quieta, con las rodillas apretadas junto al pecho, escuchando.

El siguiente sonido que escucha es más fuerte. El golpe de algo grande que golpea contra una de las paredes. Una lámpara que se rompe. La luz suave que emerge de la habitación de su hija y se derrama por las escaleras, tiembla.

Ana se pone de pie, despierta por completo. Camina a toda velocidad en dirección a las escalas, la luz y el sonido. Sube sin precaución alguna, casi corriendo.

Al llegar al distribuidor del piso de arriba ve a su marido tendido en el suelo en una pose extraña. La lámpara ha quedado detrás de él, medio caído y proyecta la sombra de su cuerpo contra la pared. Entonces repara en la sangre. Procesa lo que ve. Una mancha en el marco de la puerta y otra en su cabeza y... Su cuello. Su marido está tendido en el suelo con el cuello desencajado, roto.

Ana ahoga un grito. Camina hacia la puerta. Su mente está evitando concentrarse en su marido para concentrarse en su hija. Es lo que le permite caminar esquivando su cuerpo en el suelo y entrar en la habitación. Allí es donde lo ve todo. Allí es dónde lo descubre.

Algo está allí, de pie. La cara pálida como el mármol, los ojos rojos. La boca es un muñón de sangre que se derrama sobre dos colmillos como los de un lobo. Tiene a su hija en las manos, sujetándola mientras retira su boca del cuello de la pequeña. Las manos también chorrean sangre.

Al verla, la criatura suelta a la niña, como sorprendida, y esta cae al suelo, como un trapo o un muñeco. No se mueve. La criatura mira a Ana. Ana mira a la criatura.

Es Fernando.

Ana Chilla. Chilla de dolor, rabia, incomprensión, angustia. Se tapa la boca en un gesto reflejo, pero es tarde. Un parpadeo y Fernando está sobre ella. Una mano estilizada de uñas perfectas le sujeta la cabeza y expone su cuello. Los ojos brillan de hambre. Los colmillos se extienden aún manchados de la sangre de su hija. Ana murmura un “no” que también llega tarde. Los colmillos se hunden en su carne y pierde el control de sí misma. La succión de la sangre hace que se corra. Se corre como quizás hacía años que no se había corrido, quizás como nunca en su vida. Un orgasmo intenso y sostenido que parece no tener final. Su mente, sin embargo, se resiste al placer. Mientras su cuerpo se contrae de gozo, ella chilla y solloza de nuevo. Quiere moverse, quiere dar patadas, quiere apartarle de sí, pero sus brazos y sus piernas no responden, no responden, no responden.

Todo se desvanece. El placer, la rabia, la rigidez de los músculos, la luz, el dolor. Todo funde a negro.

En la oscuridad escucha un grito desgarrador, un dolor animal, embrutecido. Escucha cosas que se rompen con furia animal. Después, el silencio y un llano monótono.

Y luego nada. La muerte.

Algo suave y denso como la miel se posa goteando sobre su boca. Donde toca, vuelve la vida, las sensaciones se amplifican, el sabor, el tacto y el hambre. Quiere más. Quiere más de eso. La mejor droga que haya probado nunca.

Abre los ojos y ve a Fernando de rodillas junto a ella. La muñeca sobre su boca. La sangre manando. En el raballo del ojo distingue el guiñapo que es ahora su hija. Se incorpora. Sigue bebiendo y bebiendo. Y entonces muerde. Le muerde la mano con todas sus fuerzas. Nota la carne desprenderse de su cuerpo y la satisfacción hacerse cuerpo. Chilla de rabia, le sujeta el brazo y sigue manando y clavando los dientes. Fernando intenta zafarse, pero no lo consigue. Los ojos de ella son ahora los ojos de la sangre. Los suyos los del miedo. Así está bien. Fernando grita y se pone de pie. Ella patatea furiosa, sin soltarse. Le va a quitar todo lo que tiene dentro. “No” murmura él. “Si” – piensa ella. Y aprieta más.

Entonces lo siente. Fernando ha cogido la pata de la cama, rota en el suelo y se la ha clavado en el corazón.

Ahí no hay fundido a negro. Es un corte abrupto. La vida: Esa vida muerta llena de sangre y hambre que es ahora su vida, va a negro, con la contundencia de un disparo o de un infarto.

Se acabó.

Lo primero que siente es el hambre. Un hambre atroz, ansiosa y animal. Lo siguiente es el hueco del pecho. Un agujero a la altura del corazón que atraviesa su ropa. Después, un pensamiento, la ausencia de sangre, el sabor a ceniza y la ausencia de un sonido. El corazón. No le late el corazón.

Levanta la mirada. Es de noche. Una noche agradable. Están en un cementerio.

Frente a ella está Fernando. En la mano izquierda tiene un trozo de madera empapado en sangre, aún gotea. Los ojos no son los ojos que recuerda, son más grises, más bellos, también más animales. Tiene sangre en la cara, pero no es una mancha, parece el rastro de un llanto que brota de su ojo.

Están rodeados de nieve, pero no siente frío. No siente frío, no le late el corazón y tampoco respira. Fernando tampoco lo hace, no hay vaho saliendo de su boca.

Entonces recuerda.

Un ruido. Colmillos. Sangre. Un bebé muerto.

Cae al suelo con un chillido de dolor y una náusea incontenible. Vomita sangre. Una sangre densa, copiosa, que la nieve acoge y absorbe. Sus manos son perfectas, estilizadas y blanquecinas. Y sus uñas están cuidadas y afiladas como las de un depredador.

Fernando se agacha, la mira a los ojos. Su rostro parece detenido por el tiempo y su piel papel de fumar. Frágil, semi transparente, superpuesto encima de una carne blanquecina y nacarada.

– Ana – dice Fernando.

Y ella sin mediar palabra se impulsa con los pies hacia delante y con un movimiento horizontal del brazo, le saja el cuello. Tiene hambre, pero no quiere probar su sangre.

“Más no”, piensa mientras sigue desgarrando la piel con las manos y escucha los gritos ahogados de Fernando, entre el dolor y el horror.

Fernando patalea y la desplaza.

– Ana... ¡Déjame explicarte todo!

El extiende las manos en señal de paz. Ella se agacha sin escuchar. Agarra el trozo de madera que se ha caído a la nieve con el forcejeo y se lo clava en el corazón. Precisión, velocidad y contundencia.

– No quiero escuchar nada más – dice ella, mientras el cuerpo de Fernando se pone rígido y se apaga.

Para rematar la frase le escupe en la cara. Un gajo de sangre que lo empapa como tinta roja desperdigada por un cuadro. Fernando ya no responde. Cae al suelo como una piedra.

Ana se detiene un segundo. Se da cuenta de que tampoco respira. No tiene que recuperar el aliento. No se siente cansada. Al contrario, siente una paz enorme (y algo de hambre). En el suelo hay un ataúd medio abierto. Y detrás de ella hay una escalera y un nicho, también abierto. Al ver su propia tumba cree tener un escalofrío, pero es el recuerdo de una sensación.

– Había cometido un delito – escucha detrás de ella.

Al girarse ve a un hombre igual de pálido, igual de muerto, pero de aspecto más joven que el suyo.

– No supe lo que había hecho hasta que me lo contó, hace unas noches.

Su voz es suave, tranquila. Viste pantalones vaqueros, una camiseta de Los Ramones y gafas de Sol. Su voz es suave.

– Nosotros no matamos bebés. Perdió el control. No tenemos que matar para existir. No es necesario. Y un bebé... No lo hacemos.

Esa historia ya se la conocía ella. Fernando pierde el control.

– Me lo ocultó. Tanto eso como tu... Creación.

Ana se da cuenta de que estaba enterrada con la misma ropa de estar por casa. Se lleva las manos a la ropa.

– ¿Cuánto...?

– Estamos en dos mil veintiuno. Enero del veintiuno.

Seis años. Seis años en ese nicho.

– Le obligué a que te sacara de ahí.

El hombre joven se acerca un poco a ella. Sonríe.

– También está prohibido matar a los nuestros. Matarnos entre nosotros.

Ana se encoge de hombros.

– Pero él no está muerto – dijo el hombre – aún no.

Parece una invitación, pero Ana no está interesada. Quiere hacerle desaparecer. No matarle. Desaparecer. En su cabeza no son la misma cosa. No va a ejecutar a nadie.

– En el coche tienes ropa – dice el hombre – Si me esperas allí te puedo acercar a la ciudad. Yo tengo que encargarme de esto. Es mi responsabilidad.

– ¿Por qué?

– Él te creó a ti, yo le cree a él. Me equivoqué. Tengo que arreglarlo.

No quiso saber qué quería decir eso. Ropa y un coche. Le pareció buena idea de momento.

– Supongo que tendrás hambre. Cuando avance la noche tendrás más.

En ese momento, sin poderlo evitar, Ana piensa en aquella canción tan divertida de Los Pellers, “Drácula Ye Ye”. Sonríe para sí.

– Puedo ayudarte con eso – insiste el hombre – Con eso y con otras cosas. Pero es decisión tuya.

– Me parece bien – dice Ana.

Se aleja en dirección a la salida del cementerio.

– ¿Quieres alguna cosa? – dijo el hombre.

Mi hija, mi vida, mi marido.

– Me gustaría volver a tocar el bajo – dice.

Y deja que aquel vampiro haga lo que fuera que tenga que hacer.

Texto: Guillermo Zapata Romero

Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés Aldama

Licencia: Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual

Imagen de portada: Richard Wagner (1839) *From MS 110 - Vocal line and text of 'La tombe dit à la rose'*.
British Library, dominio público.

Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, licencia Open Font.